

Formas diversas de telerrealidad en el Reino Unido

Hacia una teoría de la audiencia activa

Peter Lunt/Sonia Livingstone

Los cambios en los medios de comunicación corren paralelos a la segmentación de las esferas pública y política. Las formas de aparición de la audiencia en la pantalla traducen esas transformaciones en un sistema de transición.

DESARROLLO DE FORMAS DE PARTICIPACIÓN EN LOS MEDIOS

Al igual que en otros muchos lugares del mundo, los medios de comunicación social del Reino Unido se encuentran en una fase de transición. En las últimas décadas se ha producido un cambio, desde una situación dominada por una única emisora, de propiedad estatal, a la situación actual, en la que hay toda una serie de emisoras terrestres, públicas y comerciales, y varios canales de emisión por cable y por satélite, a lo que hay que añadir el uso generalizado de los aparatos de vídeo y la aparición de nuevos medios electrónicos interactivos. La posición institucional de las principales organizaciones de radio y televisión ha variado también en este periodo; por ejemplo, de una función de difusores de información y de entretenimiento para un público general, se ha pasado a nuevas formas y espacios de comunicación y entretenimiento público destinadas a consumidores diversos. Este sutil cambio en la posición institucional es en parte una respuesta a los cambios ocurridos en el contexto económico y jurídico de los medios de radiodifusión, y es también el reflejo de una mayor fragmentación de las esferas pública y política, tanto en el Reino Unido como en otros países. La idea de una *voz de la nación* (blanca, masculina y de clase media) en la BBC ya no resulta creíble, a la vista de la fragmentación y la diversificación de las identidades contemporáneas, del desarrollo de la política en directo (a través de la televisión) y del crecimiento de la economía global. Algunos de estos cambios generales se reflejan a su vez en los cambios ocurridos en las formas y géneros de los programas de televisión.

En nuestra investigación, nos ha interesado especialmente comprobar las diversas formas de aparición de la audiencia -como público, consumidor o ciudadano- en la pantalla, y no simplemente frente a ella (Carpignano, Andersen, Aronowitz y Difazio, 1990). A medida que surgen nuevas formas y géneros de programas de televisión basados en situaciones reales (o en personas reales), los rostros y las voces de la gente corriente impregnan la pequeña pantalla. Ya no se trata sólo del público masivo de los acontecimientos deportivos, la risa enlatada de la comedia de situación o las individualidades insulsas de los juegos de televisión; ahora, la audiencia de la televisión habla, argumenta, cuestiona e incluso se apodera de la cámara. ¿Qué puede decirse de la *invasión* de la televisión por parte de los no profesionales? ¿Qué tipo de participación o de acción es la tertulia en un estudio de televisión? En este artículo abordamos la participación del público en la televisión como parte de las nuevas formas de *televisión de la realidad*, y más en general, como un indicador de los cambios que se están produciendo en las relaciones culturales entre autoridad, ciudadanía e identidad.

En nuestro trabajo *Talk on television: Audience participation and public debate* (Livingstone y Lunt, 1994a; Livingstone y Lunt, 1994b), presentamos un análisis detallado de una forma concreta y muy popular de televisión participativa, los programas de debates con participación del público o tertulias participativas. Este género fue desarrollado en Estados Unidos por Phil Donahue (Carbaugh, 1988), y en la actualidad hay en la televisión americana un gran número de presentadores de *talk shows* en cuyos programas se cuenta con la participación activa de los espectadores presentes en el estudio (por ejemplo, *Donahue, Ophra y Sally jessy Raphael*). Desde un principio, estos espacios fueron formas populistas de programación participativa, donde los televidentes eran tratados como participantes, ya que suelen ser programas emitidos en directo o casi en directo. Son programas innovadores, en la medida en que cuestionan las distinciones tradicionales entre productor y audiencia, o texto y lector, y reducen la distancia entre la entidad emisora y el público.

Los programas desarrollados en Estados Unidos suelen dar lugar a imitaciones y variaciones en otros países. El *talk show* no es una excepción, y en los años 80 tanto la BBC como las emisoras comerciales comenzaron a emitir los *talk shows* americanos y a desarrollar sus propias versiones de estos programas. En su paso al otro lado del océano, el género sufrió una sutil transformación al integrarse con el concepto ético británico de servicio público, de modo que, en programas como *Kilroy* y *The time, the place* se planteaba una forma de programación más seria, que no sólo se ocupaba de los problemas personales, sino también de los problemas políticos y sociales más relevantes. Así, a menudo los debates que se desarrollaban en el estudio de televisión solían incluir a políticos, profe-

sionales, grupos de presión y representantes de entidades no gubernamentales, conjuntamente con gente de la calle.

En nuestra investigación, hemos realizado un estudio en profundidad de los programas británicos (en particular de Kilroy), un estudio sobre la acogida de estos programas en la audiencia nacional, y entrevistas con los participantes en los programas, expertos o no profesionales. Situamos nuestro análisis textual, nuestro estudio de audiencia y las entrevistas en el contexto del debate teórico actual sobre el papel de los medios de comunicación como factores favorables o perjudiciales para la esfera pública (Curran, 1991; Garnham, 1990; Habermas, 1989; Livingstone y Lunt, 1992).

A lo largo de muchos años, y en diversos libros, Habermas se ha preocupado de elaborar las condiciones necesarias para situar el debate crítico racional en el centro de la vida pública. Ha ofrecido una concepción ideal de una comunidad oral en la que la gente puede plantear abiertamente su discurso a través de divisiones políticas y sociales, con la posibilidad de crear un consenso basado en la superposición de distintos puntos de vista. En sus primeras obras, Habermas hacía hincapié en las condiciones sociológicas necesarias para la producción de una esfera pública crítica y racional. Entre esas condiciones figuraba la apertura de acceso y la igualdad de derechos para hacer aportaciones, lo que de hecho supone la eliminación de las habituales restricciones institucionales sobre la comunicación, incluidas las restricciones que regulan la aparición en televisión. Sólo en el marco de una esfera pública de esas características sería posible comprometerse en un debate crítico racional y desinteresado.

Desde la publicación en inglés de la obra de Habermas, relativamente reciente (1989), se ha discutido sobre si su concepto de esfera pública es razonable. Las nociones de representación y acceso, así como el ideal de un debate crítico racional y desinteresado, han sido cuestionados como condiciones necesarias de una esfera pública (Calhoun, 1992; Fraser, 1990; Negt y Muge, 1990). Otras teorías alternativas plantean que la posibilidad de una representación justa y de un acceso igualitario es obstaculizada por los requisitos lógico-discursivos de la concepción burguesa de Habermas sobre la esfera pública. Estos críticos tratan de especificar unas concepciones alternativas de las posibilidades de un debate público, que no requieran (o no acepten) el ideal de Habermas de un consenso resultante de un debate crítico racional y desinteresado. Por el contrario, la esfera pública *oposicional* se centra en la expresión del interés y en la búsqueda de un compromiso entre distintos grupos y personas. Estos puntos de vista sugieren que, en la era de la política en directo, las cuestiones de la participación y la representación se han alejado de los conceptos relacionados con la creación de formas institucionales de participación en la vida pública, para plantearse la necesidad de dar voz y expresión a la diferencia.

Estos dos enfoques sugieren unas reflexiones muy distintas sobre la posible contribución de los medios de comunicación con respecto a la esfera pública. Habermas critica a los medios de comunicación de masas como la entidad que se apropia del debate público y lo institucionaliza, refeudalizando así la esfera pública. Por el contrario, los defensores de la esfera pública oposicional se plantean, como cuestiones esenciales, si se da expresión a los distintos intereses, si se permite el acceso de grupos tradicionalmente marginados, y si se llega a un compromiso (más que a un consenso).

AUDIENCIA ACTIVA Y ESFERA PÚBLICA MEDIATIZADA

Paralelamente al desarrollo de estas teorías sociales, se plantean dos líneas de argumentación sobre la naturaleza cambiante de las emisoras y de la audiencia televisiva. En primer lugar, por una serie de razones económicas e institucionales, se produce un cambio en los medios a escala mundial, que en el Reino Unido se manifiesta en el desplazamiento del modelo de servicio público a un modelo basado en el mercado. En segundo lugar, el fracaso de la tradición del estudio de los efectos en la investigación de audiencias, y el desarrollo de los estudios culturales, suponen la aparición de nuevas concepciones sobre el papel de la audiencia televisiva. Sumados, ambos fenómenos plantean la posibilidad de nuevas formas de programación participativa que podrían permitir un control más flexible de la representación por parte de los medios, de modo que la participación podría adquirir el carácter de esfera pública.

Talk on television contribuye así a una fusión de temas propios de la investigación de audiencias televisivas y de la sociología. El desarrollo de los estudios de audiencia, centrados no en el estudio tradicional de los efectos sino en nuevas cuestiones de recepción e interpretación, ha sido una característica importante de la teoría sobre los medios de comunicación en los últimos años, porque ha hecho visible la relación implícita entre texto y audiencia de un programa. (Ciertamente, se produce un paralelismo interesante entre la mayor visibilidad de la audiencia, tradicionalmente devaluada y marginada en la teoría de la comunicación de masas, y un similar aumento de visibilidad en los

programas de televisión). En la investigación sobre los medios, actualmente, se acepta que los programas de televisión son *textos* complejos que se estructuran, en parte, en torno a un lector *implícito o modelo* (Eco, 1979; Iser, 1980), y con los que se intenta establecer relaciones específicas entre los espectadores reales y el mensaje. Los recientes estudios de recepción de audiencia muestran que las respuestas de las audiencias ante ese posicionamiento no siempre son las que los analistas habían previsto. Las audiencias no son ni mucho menos homogéneas en sus respuestas a los *textos*, y la consiguiente diversidad de lecturas depende a su vez de factores sociales, psicológicos y culturales en las vidas de los espectadores (Livingstone, 1990).

Se sigue discutiendo hasta qué punto las audiencias son activas en sus interpretaciones, ya que, si bien los estudios muestran que las audiencias pueden ser contrarias, críticas y hasta subversivas en su interpretación de los textos, a menudo sus interpretaciones son diversas pero coherentes con el enfoque predominante en el texto, y es aún más frecuente que los espectadores coincidan en su lectura con la interpretación normativa o dominante de los textos. No obstante, en cuanto a los textos, los programas varían en numerosos aspectos, y un aspecto de interés fundamental para los investigadores de audiencias ha sido el concepto de Eco de texto abierto o cerrado, en la medida en que dicho aspecto parece estructurar en el texto distintos grados y tipos de actividad de decodificación por parte de la audiencia. La teoría de los géneros desarrollaría este aspecto, al sugerir que distintos géneros ofrecen distintos tipos de relación texto-lector, y que la participación, la actividad y el posicionamiento sociopolítico de la audiencia dependen, entre otros factores, del género (Correr, 1991; Eco, 1979).

En parte por esas razones, el programa de debate con público tenía especial interés para nosotros, dado que la audiencia de este tipo de programas puede considerarse tan activa y participativa que constituye el elemento principal del propio programa, al aparecer en el estudio: en estos programas, las interpretaciones del público sobre el tema objeto de debate, expresadas a través de conversaciones en el estudio de televisión, no sólo se reflejan en la respuesta de la audiencia, sino que constituye el propio texto del programa. Aquí, más que en muchos otros textos, podemos tomar en serio la observación de los teóricos de la respuesta del lector, que sugieren que texto y lector son responsables, conjuntamente, de la construcción de significado que constituye la *lectura* o el sentido de un texto, pues en estos programas los emisores y las audiencias se reúnen en el estudio para crear juntos el programa. Si las audiencias hacen programas, especialmente cuando esos programas tienen una vocación de servicio público que da lugar a conversaciones serias sobre temas generales, sociales y políticos, y si los otros participantes en estos programas son *expertos* de organizaciones representativas o democráticas, en tal caso se plantea, realmente, la cuestión de la relación entre la audiencia y los ciudadanos. ¿En qué momento dejamos de preocuparnos de la audiencia masiva y pasamos a interesarnos por el público? Aunque estas cuestiones parecen totalmente pertinentes en los programas serios en los que *gente corriente* discute cuestiones políticas con políticos y representantes de grupos de presión, muchos de los programas más banales de este género se refieren a la política basada en la identidad o en el sexo (y en esa medida afecta a la esfera pública oposicional, en lo relativo a la expresión de otras voces e intereses y en lo relativo a las posibilidades de acceso). Por extensión, sugerimos que estos programas pueden ser entendidos en parte en relación con temas objeto de debate público, y en relación con la participación de los ciudadanos en la esfera pública.

EL PROGRAMA DE DEBATE CON PARTICIPACIÓN DEL PÚBLICO COMO INTERGÉNERO

En lo esencial, por tanto, hay una serie de temas que afectan al crecimiento y la naturaleza de los programas de debate con participación del público, que requieren un análisis basado en la relación con los debates sociológicos sobre la naturaleza de la esfera pública y el papel de los medios de comunicación de masas en el debate público. Nuestro punto de partida, al tomar el programa de debate con participación del público como tema de estudio, es que sirve como ejemplo del reciente crecimiento de la programación participativa o televisión basada en la realidad (*reality television*), y especialmente en el contexto británico marca un alejamiento con respecto al modelo tradicional de servicio público, hacia nuevas formas de participación y representación pública. Parte de este cambio se refleja en el fracaso de las tradiciones genéricas de televisión como servicio público, por ejemplo en la distinción entre programas de información y de entretenimiento (Comer, 1991). Los programas de debate con participación del público son ejemplos de *infoentretenimiento*: informan y entretienen a la vez. También ponen en cuestión la hipótesis de la audiencia como masa de receptores. Bajo la ética tradicional del servicio público, la oposición entre programa y audiencia quedaba claramente establecida, entre unos emisores poderosos, expertos e informativos, y su débil, inexperta e ignorante audiencia. Ya no son sólo los casos relacionados con las masas o con la *vox populi* de los géneros tradicionales (Carpignano y otros autores, 1990); en los programas de debate con participación del público, las personas *normales* presentes en el estudio actúan en calidad de coproductor y

copresentador del programa: como participantes, como expertos con su propia experiencia, con información sobre sus propias vidas e intereses, y con el apoyo institucional necesario para preguntar y responder, para criticar y aplaudir, para pedir cuentas a las elites dirigentes o para ser condescendientes con ellas.

Si los programas de debate con participación del público deconstruyen las oposiciones que se planteaban en las formas tradicionales de programación, ¿cómo se puede caracterizar el género que les es propio? Nuestro análisis textual de los programas sugiere que son complejos en su forma genérica, una mezcla de géneros o un intergénero, una obra a partir de las formas existentes. Tres formas de género, en concreto, pueden identificarse en las versiones británicas de estos programas: terapia, debate y romance. Los presentadores del programa persuaden y alivian a los colaboradores no profesionales del programa con toda la gama de posibilidades del discurso terapéutico (Labov y Fanshel, 1977). El presentador se acercará a determinadas personas, a menudo ofreciéndoles apoyo físico, hablándoles con voz suave y animándoles. Así, mediante la construcción terapéutica del programa, a los participantes no profesionales se les ofrece un espacio donde contar sus historias. No obstante, al mismo tiempo, los expertos participantes en los programas son invitados a debatir y comentar las historias contadas por los invitados no profesionales. No reciben el apoyo terapéutico que se ofrece a la gente corriente, sino que son interrogados por un presentador que actúa como una especie de cruce entre el director de una investigación y el presidente de un debate. Finalmente, podemos decir también que los presentadores construyen su propio papel a través del género del romance. El presentador es el héroe que pone en evidencia los abusos a los que es sometida la gente corriente por parte de un perverso y corrupto poder establecido; mediante el poder de su micrófono (que aquí sustituye a la espada), el presentador obligará al poder establecido a rendir cuentas a la ciudadanía.

En resumen, el género proporciona un marco de comunicación (Goffman, 1974) con tres voces; los ciudadanos que expresan su experiencia, los expertos que debaten los temas, y los emisores que actúan como mediadores y árbitros. De ese modo, las múltiples convenciones de género que se emplean en los programas constituyen un espacio que permite una variedad de posiciones para los participantes y para los televidentes, y en su conjunto constituye una epistemología particular para la expresión de experiencias corrientes y para obligar a los expertos a rendir cuentas bajo la dirección de los representantes de las emisoras. En cierto sentido, el presentador es la personificación de la nueva posición institucional de los medios como moderadores en la esfera pública.

LA RESPUESTA DE LA AUDIENCIA

Las recientes investigaciones sobre la audiencia sugieren que la audiencia televisiva, lejos de ser pasiva o inconsciente, se caracteriza por ser una audiencia activa, incluso crítica (Livingstone, 1990). Influida por la teoría de la recepción literaria, esas investigaciones se toman en serio la idea de que el televidente comparte algunas de las competencias del crítico, siendo capaz de comprender las convenciones genéricas y los procesos constructivos de los medios. En nuestro estudio empírico sobre la audiencia, llevamos a cabo una serie de debates en grupos específicos (Lunt y Livingstone, en imprenta), con personas que acababan de presenciar un programa de debate con participación del público. Dichos debates revelaron que podían ser a la vez críticos y partícipes del programa, en lugar de tratarse de dimensiones opuestas de respuesta. Al igual que había sucedido con otros estudios, estos espectadores resultaron ser diversos y plurales en su recepción del género.

Concretamente, hubo espectadores críticos en el sentido negativo de desaprobación de los programas. El rasgo más característico de las interpretaciones de estos espectadores era que sus críticas se basaban en un análisis del género que lo comparaba desfavorablemente con las condiciones necesarias para la esfera pública burguesa planteada por Habermas. Así pues, estos espectadores consideraban que los programas eran pobres en su desarrollo de argumentos, parciales en sus presentaciones de un determinado tema, y perdían tiempo en escuchar a gente desinformada. No obstante, entre estos espectadores, algunos podían encontrar placer en los programas, en contraste con su propia visión del género, disfrutando con los comentarios de los expertos y ridiculizando las aportaciones del presentador y de los invitados no profesionales. Otros no se sentían partícipes y, por tanto, rechazaban los programas como banales y como algo que no merecía la pena ver.

Sin embargo, otra decisión muy diferente, sobre el género como tal, fue la adoptada por espectadores igualmente activos en su actitud crítica, pero con un grado mucho mayor de participación en los programas. Para estos otros espectadores, los programas se aproximaban a las condiciones necesarias para una concepción alternativa u oposicional de la esfera pública. En este sentido, aun reconociendo algunos de los problemas antes mencionados con respecto al género, estos espectadores valoraban la diversidad de las opiniones expresadas por los miembros de la audiencia presentes en el

estudio de televisión, consideraban que el presentador cumplía correctamente con su función de alentar la participación de voces marginales o poco escuchadas, y pensaban que ya era hora de que la gente corriente fuese valorada por sus opiniones y por su capacidad para desafiar o criticar a los representantes de las elites dirigentes.

Una última categoría de espectadores mantenía una postura totalmente favorable y acrítica, disfrutaban oyendo hablar a gente corriente, pensaban que habían aprendido algo sobre la opinión pública, sin tener ninguna teoría particular sobre la importancia política y social de su actitud. Para ellos, los programas eran, sin más complicaciones, una ventana abierta a una parte interesante de la experiencia pública.

Por consiguiente, concluimos que las dimensiones de la experiencia del espectador -crítica, participativa, activa, etc.- no guardan una relación sencilla unas con otras, pues las respuestas de los espectadores ante el género eran complejas. El factor que daba sentido a las diversas posiciones de los espectadores era un diverso grado de resolución de la ambigüedad de las convenciones del género. Un aspecto clave del género es el mecanismo por el que se establece un *contrato*, un conjunto de expectativas mutuas por parte de texto y lector, sobre la naturaleza de la comunicación que se produce. Como se reveló en nuestro análisis de los programas de debate con participación del público, el género es precisamente ambiguo sobre los factores que diferencian las teorías burguesas de la esfera pública con respecto de las opositivas, capitalizando las incertidumbres teóricas y políticas existentes en torno al concepto de esfera pública. Dado que una ambigüedad genérica da lugar a una relación ambigua entre texto y audiencia, la resolución de esta ambigüedad por parte de los miembros individuales de la audiencia tiene importantes consecuencias sobre sus experiencias con respecto a los programas.

Siguiendo una serie de opciones de evaluación similares a las de los analistas, optimistas o pesimistas, en su valoración de las posibilidades de una esfera pública apoyada por los medios de comunicación, los espectadores establecen su relación con el debate televisivo desde la perspectiva de la esfera pública burguesa u opositiva, con consecuencias negativas o positivas, respectivamente, en sus valoraciones sobre el género. Esto tiene a su vez consecuencias sobre la naturaleza de su implicación y de su actividad participativa en relación con su posicionamiento como miembros de la audiencia. La resolución de esta ambigüedad genérica por parte de los espectadores tiene consecuencias en sus impresiones sobre los expertos (cuyos comentarios pueden ser pobres o irrelevantes), la gente corriente (cuyas observaciones pueden ser divagatorias e irrelevantes, o bien interesantes e importantes); por sus impresiones sobre el argumento (que puede estar mal estructurado hasta el punto de resultar irritante, o bien admirablemente organizado para abarcar múltiples temas); por sus impresiones sobre la audiencia presente en el estudio de televisión (planteándose hasta qué punto son representativos, normativos o marginales); y por su autoevaluación de su propia participación (si han aprendido algo, si su conocimiento de la opinión pública ha aumentado).

LA NATURALEZA DEL ARGUMENTO

Las distintas teorías sobre la esfera pública se basan en concepciones diferentes de la racionalidad del diálogo. Dado que los programas de debate con participación del público son formas de debate público que funcionan en parte como argumentos, las formas de argumentación empleadas son cruciales para la naturaleza de la esfera pública que se establece en los programas. En concreto, las distintas teorías sobre la esfera pública proponen un debate racional conducente a un consenso, o bien una investigación con el propósito de llegar a un compromiso basado en su consideración como modelos de argumentación para la esfera pública. El diálogo de los programas de debate con participación del público es rico en argumentaciones y aparato retórico (Leith y Myerson, 1989; Walton, 1989). La estructuración de un debate tan vibrante y fluido, aun conteniendo elementos de lógica informal, no es fácil de describir con los esquemas de la argumentación y de la lógica informal (Toulmin, 1991; Walton, 1989), y muchas formas diferentes de discurso adquieren preponderancia en distintos momentos del debate.

En el terreno de la retórica, no obstante, es posible distinguir el intento de organizar el género según unas relaciones retóricamente ordenadas, entre la narración de historias, la expresión de emociones y el análisis conceptual. Un patrón general consistía en invitar a los participantes no profesionales a jugar el papel de narradores de historias, con el fin de proporcionar los datos -y el marco del problema-, sobre los que seguidamente se pide opinión tanto a los expertos como a los no profesionales, y a menudo las conclusiones de estos últimos son las preferidas. En este patrón no son favorecidos directamente ni el modelo del consenso ni el modelo del diálogo. No obstante, se diría que, en cuanto que los debates no se limitan a presentar una lista de pequeñas narraciones débilmente relacionadas

entre sí, este patrón da prioridad al discurso de los no profesionales sobre el de los expertos, y en consecuencia, facilita la expresión de voces y experiencias marginales o devaluadas. Así, se da prioridad a las cuestiones del acceso, en detrimento del desarrollo del argumento, y en esa medida cabe esperar, como consecuencia, un compromiso de comprensión mutua, aunque probablemente no un consenso.

Nos hemos centrado en las normas discursivas y en los patrones de argumentación, no tanto por esperar que ese tipo de tertulias puedan dar lugar, una vez terminado el programa, a determinados tipos de acción, de naturaleza política o personal, sino más bien porque esa conversación es en sí misma una forma de acción significativa.

Los debates rara vez desembocan en un tipo de toma de decisión que pueda hacer más probables determinadas acciones como consecuencia de la participación. Más bien, especialmente, por afectar a la contestación pública, sirven para construir ciertas realidades, en el sentido de identidades (y relaciones entre distintas identidades) de los grupos o personas que participan o a quienes se hace referencia. En este sentido, lo personal es político, y los dramas sociales que se escenifican entre los participantes tienen una dimensión ritual que (re)produce las identidades -y la percepción de la legitimidad y del poder- de los participantes y de los grupos a los que representan. La identidad de *la gente corriente, el público, los expertos y la autoridad* son de especial importancia en los debates sobre la esfera pública; a continuación se aborda en profundidad el papel que desempeñan los debates televisivos en el establecimiento de dichas identidades.

VISIÓN MEDIATIZADA DE LOS EXPERTOS Y LOS NO PROFESIONALES

Tanto para Habermas como para sus críticos, la importancia del concepto de esfera pública reside en las posibilidades de crear un diálogo entre quienes tienen poder y quienes no lo tienen. Para Habermas, el mejor modo de lograr este propósito es mediante el debate crítico racional y desinteresado que lleva a un consenso; para sus oponentes, el mejor modo de lograrlo es a través de la expresión de los intereses particulares en un foro público, con el fin de llegar a un compromiso. En cada caso, el éxito de una esfera pública depende de la medida en que pueda reunir a representantes del poder establecido y quienes están sometidos a dicho poder. En cada caso, por tanto, existe un interés esencial por averiguar de qué modo las instituciones sociales construyen poder, y por las posibilidades de un espacio de mediación que pueda asentarse fuera de la comunicación habitual de los intereses de los poderosos.

El argumento de Habermas es que los medios de comunicación de masas son una institución elitista y como tal controlarán y crearán su propio equipo de expertos en relación con las demás instituciones de poder de la sociedad, a través de sus relaciones como expertos con el público. Para que los medios funcionen como esfera pública tendrían que renunciar a esta posición institucional, en cierta medida, y ofrecerse no tanto como un órgano de transmisión de la información oficial sino más bien como un lugar donde los representantes de las instituciones de poder y los ciudadanos pueden reunirse y comunicarse abiertamente. No obstante, la cuestión se complica por las relaciones de responsabilidad entre las distintas instituciones elitistas y la gente corriente. Habermas plantea una distinción general entre las instituciones del poder establecido, diferenciando entre las esferas estatal y privada o comercial. Sigue siendo objeto de discusión el grado de libertad o de interferencia que debe existir entre las instituciones estatales y privadas, y el grado de aportación que debe existir en el sector privado con respecto al sector estatal. Tanto el sector estatal como el comercial dan al público un tratamiento que debe ser objeto de un examen crítico y que no está condicionado necesariamente al interés público. Así pues, el concepto de esfera pública presiona para que las instituciones estatales y privadas tengan que responder al público y abordar un debate sobre qué es lo que constituye el interés público.

Por consiguiente, en relación con los programas de debate con participación de la audiencia, y en relación con la televisión participativa en general, es esencial plantearse de qué modo se establecen, en los medios de comunicación, las relaciones entre los expertos y los no profesionales. Los programas utilizan una diversidad de técnicas que dan un valor a la experiencia de los invitados no profesionales, y ejercen una considerable presión sobre los expertos (Livingstone y Lunt, 1992; Livingstone y Lunt, 1994a; Livingstone y Lunt, 1994b) . En los géneros tradicionales, que incluyen comentarios de expertos sobre la vida cotidiana (en los documentales, por ejemplo) se produce implícitamente una exaltación de la labor de los expertos. El experto es representado como objetivo, racional y neutral, mientras que la persona no profesional es subjetiva, emocional y motivada. En el debate televisivo, la posición epistemológica del experto y de los participantes no profesionales suele invertirse, realizándose el papel de la persona corriente. En tales casos, el experto es tratado como persona

alienada, fría, irrelevante y carente de base, mientras que el no profesional es auténtico, emocional, relevante y con base en la experiencia.

Estas oposiciones se reflejaron en los debates del grupo seleccionado: los espectadores mantenían, en general, una actitud crítica hacia los expertos. Los expertos que aparecen en estos programas se enfrentan a dos peligros (Livingstone y Lunt, 1994b). Pueden verse atrapados en un debate emocional con personas que expresan unos sentimientos muy profundos. Tanto en los programas como en nuestras entrevistas con los expertos que habían aparecido en los programas, observamos que estos podían verse enzarzados en discusiones con la gente corriente en lenguaje vulgar, o verse empujados a expresarse en los términos anecdóticos de la experiencia personal. Sin embargo, el intento de evitar ese tipo de trampa, para mantenerse distanciado, neutral y analítico, pueden llevarles a parecer fríos e irrelevantes.

Las dificultades que este género crea a los expertos no cuestionan las bases de sus conocimientos, sino que afectan más bien a la creación de una representación de la relación social entre el poder establecido y la ciudadanía, potencialmente mediatizada, de manera decisiva y discursiva, por la esfera pública televisiva. Existen, realmente, oportunidades y peligros tanto para los expertos como para los ciudadanos corrientes. El ciudadano normal gana la posibilidad de expresarse en un espacio público, pero se ve limitado a la evidencia, aquí y ahora, de sus propios sentimientos y de los relatos de su experiencia particular. El experto tiene la oportunidad de hacer relaciones públicas y mostrar su apertura y su sensibilidad hacia la experiencia de la gente corriente. Sin embargo, los peligros están en que el experto puede perder su voz institucional y verse arrastrado por el idioma vulgar, la narración anecdótica y la naturaleza reivindicativa de la argumentación característica del discurso de estos programas.

Es probable que los expertos que aparecen en los programas de debate con participación del público proporcionen relaciones públicas a las instituciones a las que representan. Un peligro, para la esfera pública, es que los expertos puedan desarrollar una nueva forma de ejercer su labor, aparentemente basada en el interés y en la sensibilidad hacia las experiencias de la gente corriente, pero que en realidad sea un ejercicio de relaciones públicas (ver, por ejemplo, las preocupaciones de Habermas sobre la publicidad). Aunque lo mismo puede ocurrir con los participantes no profesionales, se sigue planteando la posibilidad de que los sentimientos de la gente corriente sobre el relato de sus propias experiencias pueda ser explotado mediante un espectáculo bien organizado de apertura y exigencia de responsabilidad.

CONCLUSIONES

Los debates celebrados en los espacios públicos del estudio de televisión pueden verse como torneos carnavalescos en torno al valor (Bajtín, 1981), en los que se invierten las relaciones tradicionales de poder, en una celebración pública de la gente corriente y sin poder. Cada vez más, esas ocasiones no constituyen ya espacios conscientes, sino un elemento corriente de la experiencia mediatizada.

Estos espacios se caracterizan por la interacción entre el cara a cara y la comunicación mediatizada, y por la estructuración retórica del desvelamiento, la responsabilidad y la argumentación. A través de estos espacios, la actividad principal de los medios de comunicación de masas, que antes consistía en facilitar la difusión de información de la elite cultural a las masas, consiste cada vez más en proporcionar un foro potencialmente neutral de reunión del público, real y virtualmente. La audiencia de los programas de debate con participación del público, como el propio género, es ambivalente: lamenta la pérdida de las formas tradicionales, más respetuosas con la autoridad, pero a la vez acepta las nuevas formas, más participativas. También en consonancia con las características del género, los propios espectadores son diversos; de nuestro estudio de recepción de audiencia se desprende un panorama complejo y variado de respuestas críticas a distintos aspectos de los géneros.

Más en general, Giddens (1991) se ha referido a la mezcla de oportunidades y peligros que estos cambios de las formas institucionales conllevan para la experiencia de la vida cotidiana. Estos cambios -en fragmentación del control institucional y en desplazamiento de la responsabilidad a nivel individual- son una parte esencial de los cambios sociales más amplios, que son objeto de debate en el campo de la sociología (por ejemplo, debates entre teóricos críticos, feministas y posmodernistas y sus diversos oponentes). La rápida extensión de formas ampliadas de responsabilidad y de participación en los actuales sistemas de organización, hace que el concepto de un consenso racional críticamente formado resulte idealista, más a la desesperada que con esperanza. En la conceptualización de la esfera pública, el ideal de Habermas está perdiendo su fuerza como crítica de las formas de representación en la sociedad contemporánea. La promoción de unos sistemas de organización más prácticos y más flexibles, que permitan diálogos y negociaciones de responsabilidad múltiples y diversos, constituyen quizás un camino más apropiado para la esfera pública. La aportación de los medios de comunicación

de masas a estos sistemas de organización y a estas formas de negociación está cambiando, indudablemente, pero es difícil ser optimista con respecto al equilibrio de oportunidades y peligros que surgiría como resultado de una mayor participación futura de los medios de comunicación en la esfera pública.

Traducción: Antonio Fernández Lera

REFERENCIAS

- BAJTIN, M. M. (1981), "The dialogic imagination", en M. Holquist, C. Emerson y M. Holquist (eds.) *The dialogic imagination: four essays*, Austin, Texas: University of Texas Press.
- CALHOUM, C. (ed.) (1992), *Habermas and the public sphere*, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- CARBAUGH, D. (1988), *Talking American: Cultural discourses on DONAHUE*; Norwood, N.J.: Ablex.
- CARPIGNANO, P., Andersen, R., Aronowitz, S., y Difazio, W. (1990), "Chatter in the age of electronic reproduction: Talk televisión and the 'public mind'", *Social Text*, 25/26, 33-55.
- CORNER, J (1991) *Meaning, genre and context: the problematics of "public knowledge" in the new audience studies*, en J. Currany M. Gurevitch (eds.), *Mass media and society*, Londres: Routledge.
- ECO, U. (1979), "Introduction: The role of the reader", en *The role of the reader: Explorations in the semiotics of texts*, Bloomington: Indiana University Press.
- FRASER, N. (1990), "Rethinking the public sphere: a contribution to the critique of actually existing democracy", *Social Text*, 25/26, 56-80.
- GARNHAM, N. (1990), "The media and the public sphere", en Garnham (eds.), *Capitalism and communication: Global culture and the economics of information*, Londres: Sage.
- GIDDENS, A. (1991), *Modernity and self-identity: Self and society in the late modern age*, Cambridge: Polity Press.
- GOFFMAN, E. (1974), *Frame analysis*, Harmondsworth: Penguin.
- HABERMAS, J. (1989), "The tasks of a critical theory of society", en S. E. Bronner y D. M. Kellner (eds.), *Critical theory and society: A reader* (páginas 292-312), Nueva York: Routledge.
- ISER W. (1980), "Interaction between text and reader", en S. Suleiman e I. Crosman (eds.), *The reader and the text Essays on audience and interpretation*, Princeton: Princeton University Press.
- LABOV, W., y FANSHEL, D. (1977), *Therapeutic discourse: Psychotherapy as conversation*, Nueva York, Academic Press.
- LEITH, D., y MYERSON, G. (1989), *The power of address: Explorations in rhetoric*, Londres: Routledge.
- LIVINGSTONE S. M., y LUNT, P. K. (1992), "Expert and lay participation in television debates: an analysis of audience discussion programmes", *European Journal of Communication*, 7(1), 9-35.
- LIVINGSTONE, S. M., y LUNT, P. K. (1994a), "Psychologists on television: audience discussion programmes as therapy", *The Psychologist*, 7(5), 207-211.
- LIVINGSTONE, S. M., y LUNT, P. K. (1994b), *Talk on television: The critical reception of audience discussion programmes*, Londres: Routledge.
- LUNT, P., y LIVINGSTONE, S. (en imprenta), "The focus group in media and communication research: The critical interpretation of public discussion", *Journal of Communication*.
- NEGT, O., y KLUGE, A (1991), "Selections from 'Public opinion and practical knowledge'", *Social Text*, 25/26, 24-32.
- TOULMIN, S. (1991), "Strategies of reasoning", en J. A. Anderson (eds.), *Communication Yearbook*, 14, Newbury Park, Londres.